

Bx 1756

.M32

S4
v.4

1954-55



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

SERMON

PARA EL

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE EL PELIGRO DE LAS PROSPERIDADES TEMPORALES.

Respondens Petrus, dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse.

MATTH. 17. v. 4.

¿Por qué advertirá el Evangelio que no sabía Pedro lo que decía cuando exhortaba á su divino Maestro á que fijase su mansion en el Tabor? Para enseñarnos que es no conocer al cristianismo el querer gozar de reposo y tranquilidad antes de los trabajos y sufrimientos. Fué preciso que Cristo padeciese, para que de este modo entrase en su gloria. Este fué el camino de la cabeza, y el mismo debe ser el de los miembros. Es preciso que los cristianos padezcan acá en la tierra, si quieren participar al-

008608

gun dia de la gloria del Señor; no podemos entrar en la morada de las delicias que nos están prometidas, sino por la puerta de los trabajos.

Por eso parece que solamente tiene anatemas la religion para los que reciben su consuelo en esta vida. En todas partes llama la Escritura desgraciados á los que rien y están hartos; solamente ofrece las consoladoras promesas á los que padecen acá en la tierra; asegura que este mundo está entregado á los impíos, como su posesion y herencia; que la recompensa de los santos en la tierra son las lágrimas y las aficciones. Finalmente, que su reino no es de este mundo.

No quiero decir con esto que no sea posible la salvacion en todos los estados, ó que la religion condene las distinciones del nacimiento, de la fortuna del estado, y de la autoridad, establecidas por el mismo Dios, y tan necesarias para la subordinacion de los pueblos y tranquilidad de los imperios. Los reyes fueron llamados al establo de Belen del mismo modo que los pastores. La Iglesia tuvo en sus principios fieles en la casa del César, *Qui de Caesaris domo sunt*,¹ como en la tienda de Simon el curtidor. En todos tiempos ha habido en la corte almas escogidas como en los claustros, y aun hoy vemos el trono mas respetable por la piedad, que por el poder y majestad del Soberano que le ocupa. Los favores temporales tambien son obra del Criador, y en el orden de la sabiduría deben servir de medios para la salvacion, y no de instrumentos de perdicion y de vicio.

Con todo eso, la corrupcion los ha sacado de su uso natural, ha hecho que los dones de Dios sirvan á la injusti-

¹ Philip. 4. v. 22.

cia; y así como la serpiente deja un peligroso veneno en las frutas que muerde, el primer pecador usando de los bienes de la tierra contra el orden de Dios, los inficionó é hizo de ellos, por decirlo así, un mortal veneno para toda su posteridad; y así los peligros de la abundancia no son efecto de la institucion de la naturaleza, sino del desorden del pecado: el hombre nació para ser feliz y la tierra solamente recibió su fecundidad para servir á sus inocentes delicias; pero el hombre abusó de los beneficios de Dios; desde entonces como que se le prohibieron todos los placeres en la tierra, porque la alegría solamente conviene á la inocencia; y por otra parte, la es mas fácil á la voluntad el abstenerse, que el usar de ellos sin exceso; y así como todo es puro para los que están puros, del mismo modo todo está corrompido para el que lo estaba ya con su transgresion.

Este es el fundamento de las severas máximas de Jesucristo contra los que son felices en el mundo; ¿pero cuál puede ser mi intento en proponeros el peligro de este estado? Sin duda debiera ser el consolar á los que la Providencia deja acá en este mundo en la necesidad y en la miseria; pero esta instruccion no seria aquí del caso, porque esta especie de infelices no habita en los palacios de los reyes, por lo que solamente se dirige á dar á conocer á los que se ven apartados de las gracias, á los que se tienen por infelices, á los que continuamente se quejan de la injusticia de sus jefes y miran con un amargo dolor la elevacion y felicidad de sus competidores, especie de mal contentos que nunca faltan en las cortes, para hacerlos ver, vuelvo á decir, que no conocen el don de Dios y las especiales muestras de misericordia que les da su bondad, y enseñar á los que todo les sale bien y parece que nada tienen que desear en la tierra, que si su estado parece digno de envidia segun

el mundo, es terrible á los ojos de la fe; primeramente, porque en él son casi inevitables las caidas; en segundo lugar, porque en él es casi imposible la penitencia; en este estado todo favorece á las pasiones y todo aparta las gracias, y en él no descubre la fe otra cosa mas que ocasiones de pecado y obstáculos para la conversion. Explicaré estas dos importantes verdades *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

El mundo, dice San Agustin, es mas de temer cuando nos halaga que cuando nos maltrata, y los favores que nos le hacen amable son mas temibles que los reveses que hacen que le despreciemos: *Periculosior est blandus, quam molestus*.¹ Y á la verdad, ya se consideren las prosperidades temporales respecto de la impresion que hacen en el corazon para corromperle, ó de las felicidades que proporcionan á las pasiones cuando el corazon está ya corrompido, es preciso confesar que la salvacion es tan difícil en este estado de felicidad y de abundancia, que el alma justa debe mirar las prosperidades temporales como regalos que Dios regularmente ofrece á los hombres en su indignacion.

Dije ya sea que se consideren respecto de las impresiones que hacen en el corazon para corromperle. Porque primeramente, una alma cristiana debe vivir como extranjera en la tierra; su origen, dice Tertuliano, su habitacion, su esperanza, su nobleza y su corona están en el cielo. Su corazon debe estar en donde está su tesoro; si deja de suspirar un instante por su patria, deja de pertenecer al siglo futuro y á la Iglesia de los primogénitos; si está contenta

¹ Epist. 144.

con su destierro, no es digna de la herencia. Toda su piedad en la tierra consiste en sus deseos; su mérito en su inquietud, y no debe hallar mas consuelo que en su esperanza.

Pero esta disposicion, tan esencial á la fe, se borra por la primera impresion que hace en el corazon la prosperidad, y es una impresion de apego á la tierra. Y á la verdad, es fácil de comprender cuán bien puede una alma afligida vivir como peregrina en la tierra. Porque ¿cómo puede tener apego á unas criaturas que la han abandonado? Tampoco puede costarla mucho trabajo el apartar sus afectos de un mundo que la niega sus favores, ni el mirarse como extranjera en un lugar en donde nada posee. Por el contrario, entonces son mas suaves los pensamientos de la fe; nada consuela con tanta solidez sus desgracias, como el poder decirse á sí misma que este mundo no es su patria, que solamente la han despojado de lo que no la era lícito amar, que los verdaderos bienes del alma fiel son interiores y no se los puede quitar el mundo si ella no quiere; que la única pérdida que puede padecer una alma cristiana es la de la gracia; que importa poco el perder ó poseer lo que no se puede conservar siempre, y que estándonos prohibido el fijar nuestro corazon en la tierra, el estado que menos nos une á ella debe parecernos el mas digno de ser deseado.

Pero estos pensamientos que inspiran todas las cosas en el estado de la afliccion, nos los borran en el de prosperidad; porque, católicos, es muy difícil el que nos desagrade un lugar que en todo nos lisonjea, el mirar como destierro una tierra de delicias, el no ser de este mundo cuando parece que él solamente fué hecho para nosotros, el no fijar nuestro tabernáculo en donde estamos tan bien hallados,

el gemir como el profeta por lo largo de nuestra peregrinacion cuando no experimentamos en ella trabajos ni amarguras, y caminar sin cesar hacia la patria, cuando en el camino hallamos tantos atractivos que nos detienen. Aquel necio del Evangelio, viéndose con riquezas para muchos años, convidaba á su alma á que descansase: *Anima mea, requiesce.*¹ Descansa, alma mia; esta es la primera impresion que hizo en su corazon la prosperidad; le aficionó á la tierra y le hizo que buscasse un injusto sosiego en las criaturas.

Pero si me preguntais en qué consiste el delito de esta disposicion, pues en la corte, mas que en alguna otra parte, es donde solo se conoce la superficie de la religion, no parecen estas verdades mas que unas inútiles especulaciones; si me lo preguntais, vuelvo á decir que, como dice San Agustin, si vuestros deseos fueran la regla de vuestra felicidad, estaríais contentos con ser inmortales en la tierra, tendríais por una especial gracia el privilegio de poder vivir eternamente apartados de Dios, usando de los bienes y deleites de los sentidos; es decir, que si el mundo pudiera ser vuestro Dios, vuestra recompensa y vuestra eterna morada, nunca buscaríais otra; que si se os permitiera escoger entre la tierra y el cielo, entre el siglo futuro y el presente, entre Dios y la criatura, presto haríais la eleccion y preferiríais lo visible á lo que solamente veis con los ojos de la fe: en una palabra, que no sois cristianos, porque el cristiano es hijo de las promesas, hombre del futuro siglo, ciudadano del cielo, una porcion de Jesucristo, que espera continuamente su reunion con aquel cuerpo místico que de dia en dia se va formando y perfeccionando, y solo conse-

² Luc. 12. v. 19.

guirá su eterna perfeccion y plenitud en la eternidad; y no solamente se limitan á la tierra vuestros deseos, sino que la esperanza de los justos y el reino de Jesucristo os parece el pensamiento mas funesto y triste.

Bien sé que esta injusta disposicion está en lo íntimo del alma y que ni aun nosotros mismos la conocemos. Con todo eso, ella es la que forma todos nuestros deseos, la que regula todos nuestros pasos, la que decide de todas nuestras inclinaciones; es el principal móvil de todo el cuerpo de nuestras obras exteriores; ella establece en medio de nuestro corazon un estado de culpa y de aquel género de culpas que no siendo conocidas por señal alguna sensible y pàrticular, y consistiendo solamente en un desórden habitual de nuestro amor propio, nunca son conocidas ni expiadas, y por consiguiente nunca se perdonan; de aquellas culpas que no siendo, por decirlo así, otra cosa mas que nuestra propia voluntad, son la raíz de todas las demás sin que ellas lo parezcan; de aquellas culpas, finalmente, compatibles con la probidad, con la regularidad de las costumbres, con el ejercicio de ciertas obligaciones de la religion y aun con la delicadeza de conciencia; en una palabra, con todo lo que nos puede hacer parecer justos á la vista del mundo, al mismo tiempo que estamos condenados en la presencia de Dios.

Y no me respondais que estas son puras sutilezas, y que habiendo nacido con nosotros el amor á la comodidad, si hay algun delito, será en abusar de ella, pero no en amarla. ¿Es acaso pura sutileza el decirnos que nacisteis para el cielo, que la tierra es para vosotros una mansion extraña y un lugar de maldicion, del que continuamente deben estar deseando salir los hijos de Dios, y que el que no siente la tristeza de vivir distante de su patria, pierde el dere-

cho y el privilegio de conciudadano de los santos? ¿Es pura sutileza el decirnos que el hacer del mundo una ciudad permanente es vivir como los paganos que no tienen esperanza? ¿que el vivir solamente pensando en una fortuna perecedera, es haber renunciado á la fe, y que el tener la salvacion y la eternidad por el negocio menos importante de todos aquellos en que os ocupais, es estar ya juzgados? Si estas son sutilezas, el Evangelio, aquella filosofía tan prudente, tan sencilla, tan admirada aun de los mismos paganos, no seria mas que un vano sistema de un entendimiento ocioso, y al mundo reprobado perteneceria instruirnos en un idioma mas prudente, y darnos reglas mas sólidas para anunciar los caminos de la salvacion.

Esta es la primera impresion que hace la prosperidad en los corazones; una impresion de apego á la tierra. La segunda es el amor desordenado á nosotros mismos. La fe nos enseña que somos aborrecibles, porque no hay cosa alguna amable sino el buen orden, y nosotros hemos salido de él; no hay cosa ninguna amable sino la verdad y la justicia, y nosotros nos hemos apartado de ellas; no hay cosa alguna amable sino la obra de Dios, y nosotros somos obra del pecado: debemos, pues, aborrecernos á nosotros mismos, porque si no, seremos injustos y haremos contradiccion á los mas claros testimonios de nuestra conciencia. Porque en la realidad, por mas que nos desvanecemos con los respetos que nos tributan, bien conocemos que no somos dignos de ser amados. ¡Ah! hay tantos instantes en que somos molestos á nosotros mismos, en que todo lo que hay en nosotros nos enfada, en que apenas nos podemos sufrir, y así necesitamos de diversiones y entretenimientos que nos aparten de la vista interior que nos humilla con nuestros propios defectos, y nos impide el que nos consideremos

á nosotros mismos. El mundo llama molestia á este estado; pero esta molestia es el hombre manifestado á sí mismo, que no puede sufrir ni un solo instante la vista de su propia miseria. Señal infalible de que somos aborrecibles y que el amarse á sí mismo es un desorden: quiero decir, amarse siendo pecador y viviendo en la corrupcion de la naturaleza.

Pero toda vuestra vida, ¡oh vosotros á quienes se dirige este discurso! toda vuestra vida no es mas que un continuo querer agradaros á vosotros mismos; por eso todo lo que os da gusto, lo que os lisonjea, lo que puede alimentar la vida de los sentidos, os parece cosa tan necesaria que no podeis vivir sin ella; por eso no haceis caso de las santas leyes de la Iglesia siempre que hallais el menor trabajo en su observancia; por eso os mirais como centro de todas las criaturas que os rodean; parece que todo se hizo para vosotros, que todo vive para vosotros, que todo subsiste para vosotros, y que todo lo que no dice relacion á vosotros es nada; que debe trastornarse el mundo entero, ó por facilitaros un gusto ó por excusaros el mas ligero pesar: por eso todos los que están cerca de vosotros no cuidan mas que de acomodarse con vuestros deseos, seguir vuestras ideas y conformarse con vuestro amor propio; estudian vuestros gustos, adivinan vuestras inclinaciones, solamente se introducen en vuestra gracia por medio de vuestras flaquezas; nadie os contradice, vuestras inclinaciones deciden siempre de cuanto os pertenece, y aun todos previenen vuestros deseos: no sé si me acusareis aún de sutileza; lo que sí sé es, que si hay para vosotros alguna divinidad, no puede ser otra mas que vosotros mismos. Porque os pregunto: ¿qué mas hicieron por Dios los mayores santos que lo que haceis vosotros por vosotros mismos? Dios era el único ob-

jeto y el único fin de todas sus acciones; ¿no lo sois también vosotros mismos de las vuestras? Ellos vivían solamente para Dios; ¿para quién vivís vosotros más que para vosotros mismos? Ellos despreciaban todo lo que no se ordenaba á su Majestad; ¿y qué caso hacéis vosotros de todo lo que no se ordena á vosotros mismos? Pasad más adelante con la comparacion, y vereis que más os miráis vosotros como vuestro ídolo y vuestra divinidad, que miran los que aman é invocan al Señor como á su Dios. ¿Es posible, católicos, que hayamos de tener horror á los grandes delitos, y que no hayamos de hacer caso de vivir sin culto, sin amor de Dios, de no contar para nada en toda nuestra vida con su divina Majestad, esto es, que hemos de vivir como si solamente hubiéramos venido al mundo para nosotros solos, y como si debiéramos limitar nuestros afectos, nuestros temores, nuestros deseos y nuestras esperanzas á nosotros mismos?

La tercera impresion que hace la prosperidad en el corazon es la soberbia; no hablo de aquella soberbia bárbara y declarada que hacia decir á un príncipe de Babilonia: Me ensalzaré, pondré mi trono sobre las nubes y seré semejante al Altísimo; hablo de otros pensamientos más proporcionados al corazon del hombre y casi inseparables de la grandeza. Bien sé que hay algunas personas que ó por la buena educacion que han tenido ó por haberlas dotado la naturaleza de un géneo suave y dócil, ó finalmente, por querer con una refinada soberbia parecer más de lo que son, saben despojarse de todo el fausto, hacerse tratables y allanar con su humanidad todos los caminos á los que tienen que tratar con ellos. Pero no fundo yo el peligro de la prosperidad en la arrogancia; lo ridículo de este vicio casi basta por sí solo para corregirle.

Le fundo en cierto dictámen de propia excelencia, que acostumbra el alma á que se mire como elevada por sus propios dones sobre todas aquellas personas á quienes la hace superior su clase ó su prosperidad. Lo fundo en un oculto error de vanidad, que hace que confundamos nuestra fortuna con nosotros mismos; que contemos el nacimiento, la grandeza, los títulos, las dignidades y las riquezas en la idea que formamos de lo que somos, y que de todas estas utilidades que nos son extrínsecas y que por consiguiente no pertenecen á nuestro sér, nos formemos una grandeza imaginaria, que tenemos por intrínseca á nuestras personas; finalmente, en un error que nos persuade que somos á los ojos de Dios y en el órden de su providencia, criaturas privilegiadas y tan distinguidas como entre los hombres, y como en el órden exterior de la sociedad. Su prosperidad, dice el profeta, los exime de los trabajos y de las miserias comunes á los demás hombres, y por eso se apodera de su corazon una secreta soberbia. *In labore hominum non sunt. . . ideo tenuit eos superbia.*¹ Por eso el primer consejo que el apóstol encarga á Timoteo dé á los grandes del mundo, es el que no se ensoberbezcan: *Non sublimé sapere.*²

Por otra parte, en lo exterior todo confirma á los grandes en esta peligrosa idea. Sus vicios son aplaudidos, se oculta lo corto de sus talentos con el artificio de las alabanzas, se justifica su soberbia con los magníficos nombres de grandeza de ánimo y elevacion de pensamientos: en ellos se estudian todas sus acciones y todo se dirige á persuadirlos que están hechos de distinta masa que los demás

1 Psalm. 72. v. 5. 6.

2 1. Timot. 6. v. 17.